



knowsquare .

PREPARADO POR: HELENA LÓPEZ-CASARES
PERTUSA

24 DE JULIO DE 2010

EL SULTÁN Y EL RUISEÑOR

ARTÍCULO

knowsquare .

Privado y Confidencial

Prohibida su Distribución sin Autorización Expresa de Know
Square S.L.

Había una vez un sultán que tenía un maravilloso ruiseñor que hacía las delicias de todos en palacio, pues con sus cánticos alegraba las mañanas y endulzaba sus sueños.

Un día en el palacio entero se levantó un gran revuelo, pues el ruiseñor dejó de cantar sin causa aparente. El sultán, pensando que el pájaro era presa de una grave enfermedad, mandó llamar a los mejores médicos del reino para que examinaran al ruiseñor. Ninguno de ellos vio nada, pero, temiendo la ira del sultán, cada uno diagnosticó una enfermedad.

- Creo que tiene el mal del sueño. Necesita descansar durante dos días en una habitación a oscuras. Después se repondrá– dijo el primer médico que examinó al ave.

El ruiseñor fue transportado a la habitación dorada del palacio y, bajo la orden de no molestarlo, estuvo allí por espacio de dos días. Transcurrido el tiempo, fue llevado de nuevo al jardín, donde el sultán lo esperaba.

- Hola mi pequeño amigo. Canta para mí– dijo el sultán.

Pero nada, el ruiseñor no dijo ni pío.

El segundo médico afirmó que el ruiseñor había sufrido una ola de frío y que tenía las cuerdas vocales inflamadas. Recomendó que le dieran unas frías de miel en la garganta y una bebida a base de limón. Así, el ruiseñor fue trasladado a una habitación muy cálida, en la que permaneció durante otros dos días cuidado por unas doncellas de palacio. Pasado el tiempo señalado, fue llevado de nuevo al jardín y tampoco fue capaz de cantar.

Desesperado por la situación, el sultán mandó llamar al tercer médico, quien habló de una extraña enfermedad, cuyo único tratamiento era el paso del tiempo.

- Señor, el pájaro sólo se curará con el tiempo. Tened paciencia y no transmitáis vuestra ansiedad al ruiseñor.

El caso es que el sultán se resignó y pensó que el último médico tenía razón y que con los días, meses o, tal vez, años, el pájaro recuperaría su magnífica voz.

Una mañana, un niño, que iba camino del mercado con su madre, vio al ruiseñor.

- Mira mamá, ese pájaro tiene una astilla clavada en la pata.

Lo obvio, lo creíble

En muchas ocasiones lo que creemos no nos deja ver lo que pasa de verdad. Las creencias pueden ser parásitos que se alimentan de la verdad y siembran un estado de suposición y especulación. Lo que pasa no es necesariamente lo que veo. Las gafas de la irrealidad distorsionan la percepción de lo que me rodea.

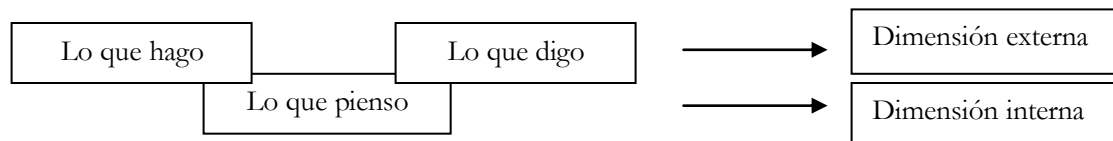
El liderazgo es una cuestión de sentido común y, en su definición, entran elementos obvios y claros. Quizá por eso su puesta en práctica sea tan complicada y conlleve un ejercicio de voluntad y un esfuerzo por enfocarse hacia lo simple. Y es que las cosas más elementales son, a menudo, las más difíciles de ver. Pero cuando no las vemos o las ignoramos se pone en peligro la credibilidad.

En toda organización la credibilidad del proyecto y de los líderes que tienen la responsabilidad de sacarlo adelante es clave. ¿Cómo puede uno comprometerse con algo en lo que no cree? ¿Cómo puede alguien estar al lado de una persona en la que no confía? ¿Cómo puede alguien trabajar en una organización escondida bajo el manto de la sospecha? ¿Cómo se puede sacar el máximo rendimiento a una empresa que no sabe cuál es su dolencia?

La credibilidad es un aspecto básico en el liderazgo, ya que éste se basa en la influencia y sin fe ésta no se puede dar. Se puede mantener por un tiempo, pero la máscara se caerá dejando ver la verdadera cara de ese supuesto líder.

La credibilidad viene determinada, en cierta medida, por la coherencia. Es decir, por la perfecta combinación entre lo que lo que pensamos, lo que decimos y lo que hacemos. La falta de sincronía entre una de esas tres variables dibuja un triángulo imperfecto de difícil interpretación.

La tríada de la coherencia



La dimensión interna (lo que pienso) está formada por una serie de presunciones básicas, invisibles y preconscientes que se dan por sentadas. Si para una persona son cuestiones indiscutibles y asimiladas, le conducirá a pensar que determinadas cosas que son así porque no pueden ser de otro modo. Es decir, negará la posibilidad de cambio.

Esta dimensión interna se transmite en un nivel externo que es donde se encuadran las manifestaciones verbales (lo que digo) y las actuaciones y comportamientos (lo que hago).

Cuando no existe una coherencia entre estas tres variables se da una situación ficticia. La credibilidad se otorga en el momento en el que la coherencia es evidente y el fin es ético.

Y es que si tapamos la evidencia, si manejamos sólo la información que nos interesa, estaremos perdiendo el contacto con la realidad y nuestra gestión será ficticia. Al más mínimo contratiempo no haremos nada y nos quedaremos, como el sultán, esperando que el tiempo solucione un problema, cuya cura está en nuestra mano.